

«¡NUNCA HEMOS VISTO NADA IGUAL!» (Mc 2,12)

LECCIÓN - 2

«Ahora mi alma está agitada» (Jn 12,27)

por Pierluigi Banna*

Aquella noche también Jesús experimentaba tristeza, miedo, angustia: los mismos sentimientos de sus discípulos. Dice: «Ahora mi alma está agitada». Pero él, a diferencia de sus discípulos, no huye, sacudido por el oleaje de estos sentimientos; ni se queda allí como un trozo de hielo, con gran autocontrol, impassible ante su muerte inminente. Reconoce y vive con razón profunda sus sentimientos de hombre. El miedo y la angustia han abierto su corazón de hombre y no se queda bloqueado por la dictadura de los sentimientos.

No huye. ¿Por qué? Ante todo, porque Él, el más grande de todos –el Maestro– no tiene miedo de reconocer sus sentimientos, su tristeza infinita. Por ello, la *primera condición* para no dejarnos esclavizar por los sentimientos es reconocerlos, acogerlos: son lo más humano que tengo, son la expresión de mi humanidad; ensanchan mi corazón y mi razón, abren de par en par toda mi necesidad. ¡Qué humano es mi sentimiento! Da igual si estoy enfadado, aburrido, triste o entusiasmado, lo reconozco, no tengo vergüenza de decirlo. Esto es algo propiamente humano. También mi perro experimenta sentimientos. Cuando me ve, comprendo que está feliz: mueve el rabo, viene a mi encuentro, salta; cuando cierro la puerta y no lo llevo conmigo fuera, pone los ojos tristes. Yo creo que mi perro tiene sentimientos, pero “coincide” con sus sentimientos. Mi perro es el sentimiento que experimenta; no puede decir: «Hoy estoy triste, ¡qué humano es mi sentimiento!», ¡porque es un perro! Pero nosotros sí, nosotros podemos decirle a un amigo o a nosotros mismos: «Hoy estoy triste», y de este modo empezamos a no dejarnos dominar por este sentimiento. Este es el primer paso.

Don Giussani tenía un aprecio profundo por los sentimientos que ponen en movimiento el corazón del hombre, y no permitía que fuesen reducidos a la instintividad, ni a un mecanismo frío e insensible. Cuenta en un libro suyo que una vez fue a la fiesta de final de curso de un grupo al que daba clase; en un momento dado, los chicos se pusieron a bailar. Había una chica un poco gordita que bailaba bien. Aquellos cuerpos que normalmente estaban quietos detrás de los pupitres daban vueltas sobre sí mismos, daban vueltas unos alrededor de los otros. Un baile tipo años 70. Era bonito verles bailar así pero, en un momento dado, hacia el final de la noche, les paró y les dijo que, al volver a casa, como después de cada noche en que se va a bailar, una sombra se adueñaría de ellos, un sentido de tristeza –una tristeza que poco a poco sube, se estrecha como una cadena, una tristeza de la que uno se libera solo cuando »

* Lección en el Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rimini, 14 abril 2017.

» se duerme—; y a la mañana siguiente, o en otros momentos del día, esa tristeza volvería. Y concluye: «La tristeza es el signo de la grandeza del hombre»¹.

El primer paso es, por tanto, reconocer lo humano que es nuestra tristeza. El episodio de don Giussani que acabo de contar nos permite comprender el aprecio que él tenía por el sentimiento humano. ¡Qué humana es esa tristeza de la que ha nacido la filosofía, que distingue al hombre del animal! Qué humano es nuestro sentimiento: la rabia, el aburrimiento, la ansiedad, todo. Tenemos que reconocer todo lo que es humano, tenemos que acogerlo. Sería inhumano hacer como si no existiera, censurarlo —como decíamos ayer por la noche—, con esa poca ternura que a veces tenemos con nosotros mismos.

Tratemos de identificarnos con los pensamientos de Jesús aquella noche. Él no tiene miedo de reconocer y de mirar a la cara su sentimiento. Pongámonos en pie y escuchemos lo que Él dice en aquella noche de profunda tristeza y angustia.

«Llegan a un huerto, que llaman Getsemaní y dice a sus discípulos: “Sentaos aquí mientras voy a orar”. Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir espanto y angustia, y les dice: “Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”. Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y decía: “¡Abbá!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14, 32-36).

Permanecemos en pie para escuchar el canto que repite las mismas palabras de Jesús (en la p. 32 del Cuadernillo**). *Tristis est anima mea*. «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Ahora veréis una muchedumbre que me rodeará. Vosotros huiréis y yo me inmolaré por vosotros. / He aquí, ya se acerca la hora y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores».

Tristis est anima mea

«Vosotros huiréis empujados por vuestras mismas emociones; en cambio yo, por estas mismas emociones, me quedo y voy a inmolarme por vosotros». ¿Por qué no huye Cristo? Porque su tristeza ha abierto de par en par su corazón hasta apegarse al Único que estaba a la altura de ese sentimiento: su Padre. Su sentimiento, acogido y tomado en serio, le empuja a gritar, a pedir al Padre: «¡Todo es posible para ti! No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres». Por eso, «la emoción no [...] es negativa», sino que «tienes que “registrarla”, tienes que [...] utilizarla para el fin para el que te sirve: la relación afectiva que quieres vivir» (L. Giussani, p. 31). Esa tristeza le ha servido a Cristo para redescubrir su relación con el Padre, apoyando todo en esa relación que le constituye.

¡Esta es la cuestión, la clave de bóveda de hoy, amigos! Todos nuestros sentimientos —todos, sin excluir ninguno— pueden ser útiles, una vez que los tomamos en serio, para descubrir qué hay de verdad en la vida. Al mirar a Cristo, podemos comprender que existe un camino para mirar a la cara todos nuestros sentimientos sin vernos sometidos por ellos. Una vez que los hemos acogido, *todos los sentimientos pueden convertirse en el camino para reconocer y apreciar aquello que es verdadero en la vida*. Es posible mirar cualquier emoción porque todas las emociones —como ha dicho de forma inteligente Lady Gaga en su canción *Million reasons* (p. 31)— que te llevarían a huir de una relación, todas las dudas que te surgen, toda la tristeza que te asalta, sirve para encontrar «una buena razón para quedarte», para ver si hay una buena razón para apegarse a algo. Todas las dudas, todas las incertidumbres, si no nos quedamos parados en ellas, pueden llegar a ser en primer lugar el camino para darnos »

¹ Cf. L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti 1820, Génova 2002, pp. 70-71.

** El cuadernillo «¡Nunca hemos visto nada igual!» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» cuenta de lo humanos que somos y, en segundo lugar, para descubrir lo que es verdadero en nuestra vida. Todos los sentimientos, en lugar de confundirnos, y siempre que no tratemos de evitarlos, se convierten en camino.

Para que me comprendáis mejor pongo un ejemplo que está contenido en *El sentido religioso*² de don Giussani. Estoy delante de una montaña estupenda, y entonces para verla mejor tomo unos prismáticos. Al principio lo veo todo negro, porque las lentes no están enfocadas. Don Giussani dice: nuestras emociones son como lentes que no están enfocadas. ¿Cuál es nuestra tentación? Decir: «Me había confundido, la montaña es fea», tirar los prismáticos y marcharme. En cambio, lo más bonito de la vida, lo que es más propio de los hombres es reconocer en primer lugar: «Anda, los prismáticos están desenfocados», y luego enfocar las lentes –que sirven para permitirnos ver mejor los objetos que están lejos– y decir: «¡Pero qué montaña más increíble!». Para esto sirven las emociones, pero deben ser enfocadas para mirar lo que es verdadero para mi vida, es decir, lo que es noble, ¡lo que se mantiene de verdad con el tiempo!

Con mucha frecuencia nos encontramos frente a sentimientos que parecen desenfocados, vemos solo el miedo y la tristeza, la alegría o el entusiasmo, y esto nos hace huir o bien tratar de permanecer impasibles. La tentación mayor es quedarnos en lo que experimentamos, diciendo que todo es bonito o todo es feo. En cambio, cualquier sentimiento hay que enfocarlo, hay que entender que la tristeza, el aburrimiento, la ansiedad, la alegría, el asombro, te sirven para mirar mejor la realidad, para descubrir mejor lo que es verdadero, para apegarte a lo que es bello. En una palabra, tienes que enfocarlos.

La emoción es algo muy valioso, porque representa la primera reacción frente a lo que sucede, pero ese estado de ánimo no es un fin en sí mismo. Sirve para poner el corazón en movimiento, para movilizar esos criterios que llevas dentro y que te permiten decir: «¡Esto sí que es bonito, verdadero, bueno, justo!». El corazón dice: «Así está desenfocado, así se ve un poco mejor, ¡ahora se ve bien!»; y entonces puede juzgar: «Esta tristeza es buena, porque me empuja a apegarme a lo que cuenta de verdad; en cambio, esta otra tristeza es una mentira, porque me lleva a poner en duda algo que es verdad. Este entusiasmo es falso, porque cuando lo sigo me deja cada vez más solo; en cambio, este otro entusiasmo es verdadero, porque es entusiasmo por alguien que me abraza incluso cuando estoy triste». Si tomamos solo la emoción podemos confundirnos, pero si tomamos la emoción unida al corazón, no; el corazón no se equivoca, dice Dostoievski (*Carta sobre la creatividad* en la p. 31), porque el corazón va a buscar aquello que resiste, que dura, que es bello, aquello que no engaña. Con el corazón reconoces qué llena el abismo que ha abierto tu emoción y que te deja, en cambio, cada vez más solo y atemorizado (cf. Emily Dickinson, p. 32).

Entonces, es necesario comparar las emociones con el corazón, como hizo Cristo aquella noche. Porque la emoción puede confundirnos, pero el corazón no. Por ejemplo, después de haber pasado una preciosa tarde juntos, mi novia me invita a tomar una copa y a fumar algo: ¡es tan bonito, está tan rico, es tan fascinante! Pero yo os aprecio lo suficiente como para pensar que todos vosotros os dais cuenta de que hay una forma de quererse, de estar con la novia que va detrás de la emoción y que solo deja tras de sí tierra quemada, y que hay otra forma de dar fuego a ese entusiasmo, de darle crédito, que no lo quema todo, no lo arruina todo, sino que permite que dure. Esta es la emoción comparada con el corazón. De este modo, aunque durante la entrada en el salón tengas ganas de hablar con un amigo tuyo y pienses: «Bueno, tengo ganas de hablar, ¿qué puedo hacer?», puedes reconocer tu dificultad, tu distracción y preguntarte: «Pero, ¿por qué estoy aquí?». «Estoy aquí porque espero algo para mi vida», y entonces enfoco la distracción y, en vez de distraer también a mi amigo, me guardo mis »

² Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 49.

» palabras y me digo: «Ostras, estoy aquí para esperar algo grande». O bien puedo seguir el impulso de la emoción y ponerme a hablar, olvidándome de por qué he venido aquí.

Entonces, ¿cómo llegas a entender que tu sentimiento está verdaderamente enfocado y que no te estás ahogando entre el oleaje de tus emociones? Lo entiendes por el hecho de que ese sentimiento, cuando está enfocado, te permite respirar, te permite apegarte, te permite dejar de dar vueltas en el vacío. El sentimiento se convierte entonces en energía nueva que te permite meter la marcha y apegarte a lo que es verdadero en el camino de la vida; te permite vivir, ¡no te deja ser esclavo! Te vuelves señor de tu vida.

Lo describe mucho mejor que yo una chica que ha enviado una contribución impresionante: «Hace exactamente un año, cuando estaba en el Triduo, empecé a tener problemas de salud, tenía tal miedo a ser abandonada que me impedía estar con la gente y condicionaba por completo mi comportamiento. Trataba por todos los medios de rechazar mi condición y me enfadaba, porque no entendía el motivo de un dolor tan grande, no entendía por qué me tenía que pasar justamente a mí. Tenía un gran deseo de vivir y de implicarme a tope en las cosas que hacía, pero inevitablemente estaba limitada». ¿Lo veis? Precisamente frente a la enfermedad, nuestra amiga se ve dominada por algunas emociones: la rabia, el miedo de ser abandonada, el no entender, la incompreensión. Pero luego continúa –escuchad la voz de su corazón–: «Todo se había convertido en una exigencia de plenitud, cada relación gritaba libertad. En ese momento, asumí la posición más sincera: me reconocí necesitada de Alguien al que poder confiar toda mi miseria». ¿Habéis entendido? Esa emoción, si no hubiese sido comparada con el corazón, le habría llevado a decir: «Mi vida es un asco», le habría llevado a tirarse por el suelo y decir: «¡Qué mala suerte tengo!». En cambio, justamente en esa situación, el hecho de mirar su corazón hizo que le entrasen ganas de vivir e hizo brotar en ella una exigencia única. Yo envidio a esta amiga por el sentimiento de la vida que tiene. No veo el momento de tener cada vez más amigos como ella, que miran sus emociones así. Hasta llegar a pedir: «Quiero llevar esta cruz, pero sola no puedo. Dame el valor necesario para poder estar delante de mi herida». Quizá ella no se ha dado cuenta de que repite las mismas palabras de Jesús, cuando estaba a punto de morir. «Padre, sé que todo es posible para ti, pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (cf. Mc 14,36).

Cuando uno afronta así la rabia, el aburrimiento, la incompreensión, ¡qué humanidad, qué capacidad de alegría y qué plenitud de vida surgen!

Esta amiga nuestra, al igual que Cristo, ha comprendido que todos los sentimientos, si se comparan con el corazón, pueden ser la ocasión para abrir de par en par la vida, para descubrir lo que es verdadero, lo que permanece, lo que verdaderamente hace apasionante la vida. Cristo comprende que todos sus sentimientos de hombre (tristeza, angustia, miedo) no pueden perderse, ni puede huir de ellos, sino que se ordenan, se enfocan hacia la “buena razón” por la que ha dado la vida: su relación con el Padre, que nunca le había traicionado: «No sea como yo quiero, sino como tú quieres». Si se hubiese quedado en la superficie de su reacción, habría huido, como hicieron sus discípulos. En cambio, no ignora su emoción, sino que entiende que esa tristeza humana y ese miedo a la muerte abren su corazón, sirven para redescubrir y reafirmar su relación con el Padre, que le había sostenido durante toda la vida.